

turbada y púsose de rodillas ante D. Juan para besarle la mano: mas éste, entre conmovido y risueño y amigo siempre de donaires, levantó en vilo a la flaca vieja cual si fuese una pluma, estrechándola entre sus brazos, y al verse cruzar ella el espacio tan cerca de su niño Jeromín, atrevióse a posar al vuelo sus bigotudos labios sobre la tersa y noble frente del futuro vencedor de Lepanto... ¡Qué gozo para su alma aquel abrazo de su Jeromín querido!... ¡Y qué honra, qué gloria tan grande la de haber besado la frente de aquel Príncipe augusto a quien ella — ¡ella misma y no la otra Alderete! — había cosido y probado sus primeros greñescos!

Duróle la satisfacción a la buena vieja hasta el fin de sus días, y en su testamento hecho tres años después en Villagarcía, dejaba a D. Juan los ahorros de toda su vida, trescientos veintitrés ducados, para rescatar cautivos de Lepanto que dieran gloria al Sr. D. Juan y rogasen por su alma.



IV

SALIÓ D. Juan de Austria de Madrid para embarcarse en Barcelona, el miércoles 6 de Junio de 1571 a las tres de la tarde. Acompañábanle solamente su Caballerizo mayor D. Luis de Córdoba, D. Juan de Guzmán, gentilhombre, el Secretario Juan de Soto, el ayuda de cámara Jorge de Lima, un comprador, un cocinero, dos *D. Fuanellos* o mozos de pasatiempo, dos correos, un guía y tres criados que formaban un total de quince caballos. El resto de su acompañamiento y servidumbre háblalo dividido en dos grupos, uno que le precedía con su Mayordomo mayor el Conde de Priego al frente, y otro que le seguía presidido por el sumiller de corps D. Rodrigo de Benavides. Háblalo dispuesto así D. Juan para salir de la corte más desapercibido, y evitar las manifestaciones de amor y entusiasmo de los madrileños, que harto conocía él no ser del agrado de determinados personajes. Fué, sin embargo, inútil su prudencia, porque advertido el pueblo de su marcha, comenzó a rondar desde por la mañana la plazuela de Santiago acechando la salida, y al llegar D. Juan a la puerta de Guada-

lajara era tan compacta la muchedumbre, que rebosaba en el campo y se extendía formando calle a lo largo del camino.

Existía aún la suntuosa puerta romana llamana de Guadalajara, con sus fortísimos cubos de pedernal unidos por encima del enorme arco con barandas y balaustres de la misma piedra dorada. Encima de este arco y sobresaliendo gallardamente entre ambas torres, había una lujosa capilla con dos altares: venerábase en uno la imagen de Nuestra Señora, llamada *la Mayor*, y en el otro la del Ángel de la Guarda con una espada desnuda en la mano derecha y un modelo de Madrid de relieve en la izquierda. Acostumbraban a orar allí todos los caminantes, y siguiendo la general costumbre apeóse D. Juan y subió a la capilla: asomóse después a la baranda para saludar al pueblo que por uno y otro lado le aclamaba, y fué tal la gritería de bendiciones, despedidas y vivas entusiastas, que según un escrito de la época, *retumbó harto más de lo que fuera menester en las orejas torcidas de algunos.*

Durmió aquella noche D. Juan en Guadalajara en el palacio del Duque del Infantado, donde le esperaba éste con sus hermanos D. Rodrigo y D. Diego de Mendoza, su cuñado el Duque de Medina de Rioseco y el Conde de Orgaz, que eran sus más íntimos amigos. Detúvose allí el jueves, y el viernes después de comer prosiguió su camino, *con más priesa y coraje*, dice Vander-Hammen, *del que quisieran los que le seguían.* Caminaba D. Juan, en efecto, con el corazón ligero y gozoso, y hacíasele largo aquel camino que le separaba de sus ensueños de gloria. Su ciega confianza en D.^a Magdalena de Ulloa y en sus promesas habían disipado los negros temores que le inspiraba el porvenir de su madre, y la cariñosa despedida del Rey su hermano, y sus paternales y prudentes advertencias, hiciéronle creer que las murmuraciones y hablillas de sus ému-

los no habían hecho mella en el ánimo reposado del severo monarca. Tranquilo, pues, D. Juan sonreía a la fortuna como le sonreía a él la vida y le sonreían sobre todo sus veinticuatro años, y corría tras ella recibiendo por todas partes honores y ovaciones y, lo que llenaba y satisfacía más su corazón, sinceras muestras de amor y de aprecio.

Alcanzóle en Calatayud un correo que le traía un breve del Papa y cartas de Marco Antonio Colonna, general de la flota pontificia, y del Cardenal Granvela, Virrey interino de Nápoles, urgiéndole todos ellos su llegada a Mesina, que era el punto de reunión de toda la armada de la Liga. Detúvose dos días en Montserrat para visitar el célebre santuario de la Virgen, y el sábado 16 de Junio entró en Barcelona a las cinco de la tarde, entre las salvas de artillería de mar y tierra, el repique atronador de las campanas y las aclamaciones de una multitud inmensa. Recibióle el Prior D. Hernando de Toledo, que era Virrey de Cataluña, con todos los magistrados de la ciudad y la nobleza catalana, y el Comendador mayor D. Luis de Requesens, lugar-teniente de D. Juan en la mar, que desde tres días antes estábale allí aguardando. Rebosaba aquella gran ciudad la alborotada y ruidosa animación propia de un puerto de mar en vísperas del embarque colosal que preparaban. Afluían a bandadas por mar y por tierra soldados aventureros y de reenganche, largas cuerdas de galeotes destinados a remar en las galeras, nobles caballeros voluntarios con brillantes comitivas, obreros de otros arsenales venidos a trabajar en aquellos astilleros, mercaderes de toda especie, buhoneros ambulantes, frailes a caza de almas, mujercillas en busca de granjerías, y curiosos que henchían las calles y embarazaban los muelles atestados de cajas de víveres y municiones, montones de armas y piezas de artillería que esperaban embarque.

Hallábase D. Juan en su elemento y con su inteligente y ordenada actividad comenzó desde el primer instante a recibir informes y tomar las medidas necesarias para apresurar el embarque. Reunió en Consejo al Comendador mayor, al Virrey de Cataluña y al Secretario Juan de Soto, y decidióse lo primero enviar aviso urgentísimo al Marqués de Santa Cruz, que estaba en Cartagena, y a Sancho de Leiva y Gil de Andrade que esperaban en Mallorca, para que viniesen a Barcelona con las galeras de su mando, trayendo estos últimos la mayor cantidad posible de bizcocho. Llegaron en esto los Archiduques Rodolfo y Ernesto que debían embarcarse con D. Juan y seguir luego desde Génova para su patria, y al día siguiente, a las cuatro de la tarde, el repique general de campanas y el vocerío del pueblo anunciaron que estaban a la vista las galeras de Gil Andrade y Sancho de Leiva. Entraron en efecto en la bahía a las nueve de la noche, puestas en batalla, con vistosas luminarias en las entenas y bordas, y haciendo salvas de arcabucería a que contestaba la ciudad con todos los cañones de sus muros y atarazanas.

Venía entre aquellas galeras la real de D. Juan, que era la misma fabricada para él cuando su primera expedición contra los corsarios del Mediterráneo. Pasó a visitarla don Juan al otro día muy de mañana, y pudo apreciar por sí mismo las mejoras introducidas en ella bajo la dirección de Sancho de Leiva, siguiendo el primitivo plan de Bergamesco y Tortello. Habían carenado cuidadosamente el casco, restaurado los adornos y pinturas, renovado el velamen y los aparejos y reforzado la artillería. Remataba entonces el espolón, en vez del antiguo Hércules con su clava, un Neptuno, empuñando el tridente, montado en un delfín; y veíase en la media popa una diosa Tetis nueva, entre dos águilas doradas con perfiles negros, y encima dos leones

también dorados de tamaño natural, sosteniendo las armas del Rey, las de D. Juan de Austria y el Toisón, cuyas cadenas corrían por una y otra borda, destacándose vistosamente su dorado sobre el rojo fondo hasta reunirse en la proa. La antigua farola insignia con una estatua de la fama por remate había desaparecido, y veíanse en su lugar, coronando la popa, otras tres grandes farolas de bronce y cobre doradas por fuera y plateadas por dentro, rematando en tres estatuas de la Fe, la Esperanza y la Caridad, de más de un palmo de alto. El pavimento de la cámara, también nuevo, estaba formado por noventa cuadros de nogal con perfiles de ébano, box, estaño y esmalte azul, con un florón de bronce dorado cada uno en medio: levantábanse estos cuadros por medio de una llave y aparecían debajo cajas en que se guardaban en primorosas cestitas de mimbre, pan fresco, frutas y todo el servicio de mesa. Estaba la chusma uniformada toda con almillas de damasco carmesí y bonetillos de lo mismo y reinaba por todas partes el mayor orden y limpieza.

Quedó D. Juan grandemente satisfecho de su galera, y el primero de Julio llevó a visitarla a sus dos sobrinos los Archiduques Rodolfo y Ernesto y obsequióles en ella con una merienda. Estaba la galera empavesada con flámulas y gallardetes y guarnecida toda ella de proa a popa de grana de polvo colorada con muchas cintas y flores por encima, y damascos encarnados que cubrían las bordas de ambas partes más delanteras. Llegaron en un grande esquite todo tapizado, con dosel de damasco en la popa bajo el cual se sentaban Sus Altezas: iban doce remeros por banda con sus almillas de damasco carmesí y bonetillos de lo mismo acuchillados, con sus puntas de oro y plumas.

Al entrar los príncipes en la galera, hicieronles los galeotes su acostumbrada *salva de forzado*, que era una es-

pecie de canto, o mejor dicho, de vocerío triste y plañidero, aunque no desagradable, con que parecían aquellos infelices implorar la clemencia de sus visitantes. Hizo luego salvar la real disparando una a una todas sus piezas, y contestaron a la vez todas las galeras del puerto. Sentáronse los príncipes solos a una mesa que estaba ante la cámara, bajo un toldo de damasco a listas encarnadas y blancas, y sirviéronles delicada merienda de frutas, dulces de azúcar y verdes, y bebidas y refrescos que el calor del día hacía deliciosos. Tocaba mientras tanto sobre los batallares de proa una música de ministriles vestidos todos de damasco turquesado, y ejecutaba la chusma a su compás una especie de *danza voladora*, saltando, trepando y haciendo mil gentilezas por las jarcias, gavias, mástiles y cuerdas, con tal agilidad, presteza y concierto, que resultaba un espectáculo de verdadero mérito y entretenimiento.

Levantada la mesa de los príncipes sirvieron otra en el mismo lugar y con la misma abundancia para el Virrey, el Comendador mayor y todos los caballeros del séquito, y al anochecer entraba D. Juan en el palacio del Virrey que era donde se hospedaba, y donde le esperaba también el golpe más tremendo que llevó quizá en su vida, pues fué el primero y más inesperado.



V

Y fué el caso, que durante la ausencia de D. Juan en la galera Real aquella tarde, había llegado a Barcelona un correo de la Corte con varios pliegos del Rey, y uno entre ellos, todo de mano de D. Felipe, fechado el 17 de Junio, o sea diez días después de la salida de D. Juan de Madrid, que produjo en éste el más amargo y profundo desaliento. No consta cuáles fueran estas órdenes de Felipe II que tan desagradable efecto causaron en D. Juan de Austria: mas a juzgar por las dos cartas que escribió éste entonces y por otros antecedentes y consiguientes positivamente ciertos, es seguro que a vuelta de otras órdenes que desconocemos, venían también en aquella carta reproches más o menos duros de D. Felipe a su hermano, por aceptar el tratamiento de *Alteza* y los honores de Infante que por todas partes le prodigaban; que le prohibía recibir en adelante estos honores que él no le había concedido, y le anunciaba una carta de Antonio Pérez con copia de las instrucciones que se enviaban a los ministros de Italia sobre el modo que habían de tener de recibirle y de tratarle, y que a estas mismas instrucciones se atuviese él estrictamente.

Aquella carta anonadó a D. Juan y dejó absorto a Juan

de Soto, el fiel Secretario, única persona a quien osó aquel confiarla. El hecho era verdadero hasta cierto punto, porque cierto era que pueblo y nobleza, grandes y pequeños, miraban y respetaban a D. Juan en España y fuera de España, como Infante de Castilla, pues hijo era del gran Emperador, y hermano del Rey presente, y sus prendas y hechos personales hacíanle capaz y merecedor de dignidad tan alta. Mas lo que era voto espontáneo y universal de pueblos y naciones, transformábanlo los envidiosos de don Juan en intrigas y presuntuosos esfuerzos de éste para ocupar un rango que no tenía, y así lo habían deslizado traidoramente en las orejas del monarca. Resultaba, pues, cierto que los enemigos de D. Juan habían llevado sus hablillas y sus chismes al propio Felipe II: éralo también que éste les había dado crédito, y éralo igualmente—y esto era lo que más lastimaba el ánimo leal de D. Juan—que D. Felipe le había disimulado su disgusto como Rey y como hermano, y despidiéndole con falsas palabras de benevolencia y confianza, condenábale en su ausencia sin escucharle, y encomendaba a un ministro extraño entre ambos hermanos, el sancionar por una carta aquella grave humillación que le imponía.

Hervía la juvenil sangre de D. Juan ante aquellas consideraciones, y abatido y desalentado bajo el peso de aquel primer desengaño, pensó seriamente en renunciar a sus ensueños de gloria, y refugiarse en aquel otro estado eclesiástico que le aconsejara su padre el Emperador, como más seguro y tranquilo. Sosególe Juan de Soto con muy prudentes razones, y por su consejo y empeño escribió al Príncipe de Évoli, de quien era hechura el Secretario, la siguiente carta en que pide consejo y explicaciones y deja ver claramente las angustias y quejas que perturbaban su ánimo.

«Señor Ruy Gomez: pues V. m. despues que llegó ahí, habrá sabido la nueva orden que S. M. ha querido que yo guarde, no le cansaré con volverlo ahora a referir; pero valiéndome de lo que entiendo tengo en V. m. y de la licencia que como padre me ha dado para que le acuda en mis causas, diré a lo menos que he sentido y siento esta lo que la razón me obliga: no tanto, señor, por lo que es vanidad, que de andar apartado della pongo a Dios por testigo: mas me dá mucha pena que yó solo en el mundo haya merecido órden tan nueva, quando con mayor confianza vivia de que mostrara S. M. a todos que la tenia de mí y que holgaba de que yó fuese más honrado. Confieso a V. m. que ha quebrado tanto en mí este disfavor de igualarme con muchos, a tiempo que todos miran, que algunas veces he estado por disponer de mí siguiendo otro camino de servir a Dios y a S. M. pues en lo qué llevo se me da a entender tan claramente que no acierto; aunque si algo me hace reparar es persuadirme que así como no se lo merezco, no sale de S. M. semejante voluntad, sino de alguna persona que creeré ser autoridad suya tener yo poca. A fée, pues, Sr. Ruy Gomez, que si las entrañas y pecho de cada uno se trasluciese, que quizá el que mayor justificación publica de sí tendria más necesidad de consejo, y, por el consiguiente, de remedio, y de esta verdad más siento por extremo que sea tal castigo tanto daño presente y venidero, no por culpa y opinión de los menos habladores, sino por la de aquellos que toda su bienaventuranza ponen en mostrarse a fuerza de descontentos y de donde se viere. Todo esto me mueve a decir y a entender otras más que callo, creer que falsas relaciones son las que me persiguen, aunque de cualquier suerte debo quejarme mucho de la mia, por haber valido tan poco que, tras tantas obligaciones, vengo hasta agora a parar por mandato de S. M., que es lo que

siento más que nada, en igualdad infinita con gentes que, por haberme hecho Dios su hermano, no la puso entre mí y ellos. Bien veo que no es tanto lo que he servido que sea aun digno de coronas de laurel: pero que en tan poco se estime lo que he deseado acertar y trabajado, que en lugar de algo más llegue mucho menos en el pecho de mi Señor y Rey, esto es lo que fatiga no poco mi espíritu, y de lo que descanso volviéndome a V. m., a quien suplico que sin callarme nada, me escriba qué puede haber causado a S. M. tratarme así: porque si de sola su voluntad pende dándome a entender que no merezco la gracia della, holgaré antes de servirle en otro estado que de cansarle en el presente más: sobre todo lo qual si a V. m. le pareciere deseo le hable y a mí me aconseje, acordándosele cuánto merecerá con Dios en hacer este oficio de padre con quien ya no tiene otro sino mil personas que tratarán de la ocasión de mi poca edad y experiencia para destruirme a mí, como si fuera honra y provecho dellos quedarlo yo, y por lo que me importa este particular, vuelvo de nuevo a encomendarlo y encomendarme a Vm., de quien solamente confío cuanto puedo. Nuestro Señor, etc. De Barcelona a 8 de Julio de 1571».

Mas no satisfecho con esto y pareciéndole que hacía agravio a su lealtad no descubriendo directamente al Rey los sentimientos que le agitaban, escribióle cuatro días después, el 12 de Julio, esta otra carta, humilde y sumisa como de vasallo a Rey, pero digna, leal y enérgica, como lo era su corazón y lo fué siempre su conducta.

«Señor, por la merced y favor que V. M. me ha hecho con la carta de mano propia, beso infinitamente sus manos. Juntamente con ella he recibido las instrucciones y otros despachos, para mi viaje, y han llegado tan en tiempo, que me pesa del que aquí se pierde, y por consiguiente del ser-

vicio de V. M.: aguardo yo aquí a cada hora al Marqués de Santa Cruz, con cuya llegada podremos luego partir, por estar todo lo que conviene para el viaje en orden. Quanto lo que toca a seguir las instrucciones y el parecer de las personas que V. M. ha mandado señalar para que me asistan y aconsejen y particularmente el Comendador Mayor, lo haré cierto como conozco que soy muy obligado, y holgaré mucho, sea tal, con tanta sinceridad y prudencia que se acierten las cosas del servicio de V. M. como esta que llevo a cargo mio, y en verdad que no es otra la que deseo, ni pretendo sino que todos atendamos a este solo fin posponiendo otros particulares no tan importantes, a lo menos para mí, como es este; y así no dude V. M. de que iré siempre procediendo en esta conformidad y suplicándole mande advertirme de continuo de lo que yo no entendiere, y pues como otras veces he escrito a V. M. fio tan poco de mi edad, experiencia y opinión, que no vea muy bien ser grande la necesidad que tengo del ageno; por lo qual de nuevo suplico a V. M. con la humildad que puedo, que se me vaya advirtiéndome y reprendiéndome lo que se juzgare (después de ser oído) que deje de acertar: porque no será cierto por falta de voluntad, que en esta no hay nadie en el mundo a quien yó no dé a entender que le llevo la ventaja que la razón me obliga. La instrucción que V. M. me hizo merced de su mano la primera jornada que salí a las galeras, voy siempre viendo como cosa que tanto vale, y será tanto más agora que pienso que lo desea V. M. a quien pretendo dar gusto de manera que para mí ninguno puede ser mayor, que haber cumplido con lo que V. M. quiere.

»Al Papa respondí por haber parecido al Comendador Mayor que no convenia aguardar respuesta de V. M.; y que era bien se estuviese en aquella instancia: estaré con secreto en lo venidero de lo que tocara a semejantes materias.

»Muy grande merced me ha hecho V. M. en mandar a Antonio Pérez, se me envíe traslado de lo que se escribe a los ministros de Italia, cerca del tratamiento que se me ha de hacer, y no solo me será de mucho gusto conformarme con la voluntad de V. M. en este particular, pero aun holgaria de poder adivinar sus pensamientos en todo lo demás para seguirlos como lo he de hacer: solo me atreveré con la humildad y respeto que debo a decir, que me fuera de infinito favor y merced que V. M. se sirviera tratar conmigo ahí de su boca lo que en esta parte deseaba, por dos fines: el principal porque no es servicio de V. M. que ninguno de sus ministros hayan de conferir conmigo lo que sea su voluntad, pues ninguno dellos está tan obligado a procurarla como yó: lo otro porque hubiera hecho antes de partir de ahí algunas prevenciones enderezadas al mismo fin, que se consiguiera como V. M. lo quiere y con menos rumor; y por lo que debo a haberme hecho Dios hermano de V. M., no puedo excusarme de decir ni dejar de sentir haber yo por mí valido tan poco, que quando todos creían merecía con V. M. más, y esperaban verlo, veo por su mandado la prueba de lo contrario, igualándome entre muchos, no merecido cierto en mi ánimo, porque de tenerlo yo harto más enderezado al servicio de V. M. que a vanidades ni a otras cosas tales, hago a Dios testigo, y de la pena que me dá esta ocasión por solamente ver lo de poca satisfacción que de mí se muestra: y así son muchas las veces que voy imaginando, si seria más a gusto de V. M. que yo buscasse otro modo de servirle, pues en el presente creo de mí que soy tan desgraciado a conseguir lo que mis deseos en esta parte me obligan y piden: entretanto yó iré odedeciendo quanto posible sea la órden y V. M. mande, aunque temo la dificultad de la adulacion que me dicen hay en Italia, V. M. me crea cierto que ni deseo honor ni

bien sino para mejor servirle como con él se hace: pero la consideración deste particular no toca a mí, sino ejecutar lo que se me manda, a que no faltaré jamás por ningún caso. Nuestro Señor, etc., etc. De Barcelona a 12 de Julio de 1571».

Esta fué la primera muestra que dió Felipe II a su hermano D. Juan de Austria de la injusta desconfianza que tan traidoramente supo sembrar en su camino aquel funesto Antonio Pérez, único hombre a que cupo la triste gloria de engañar por largos años y extraviar no pocas veces el recto y reposado juicio del prudente monarca.





VI

AL pisar D. Juan de Austria por primera vez la Italia, desembarcando en Génova apresuróse a enviar a Roma a su anciano Mayordomo mayor D. Hernando de Carrillo, Conde de Priego, para que besase en su nombre el pie al Pontífice, le diese gracias por su nombramiento de Generalísimo y le ofreciese como el más sumiso y obediente de sus hijos. Contestóle el Papa con el viejo Mayordomo las mismas textuales palabras que le había escrito ya en su Breve: «Que por hijo le tenia, que se apresurase a pelear porque en nombre de Dios le aseguraba la victoria, y que para su honra y acrecentamiento le prometía el primer reino que se conquistase al turco» (1). Al mismo tiempo que Priego al Santo Padre, envió D. Juan á Venecia á D. Miguel de Moncada, para

(1) Don Juan de Zúñiga, Embajador en Roma de Felipe II, escribió a éste el 6 de Agosto de 1571, avisándole la llegada de D. Juan a Génova y la del Conde de Priego a Roma. «El Conde de Priego pienso que llegará esta noche: acariciarle ha y honrarle ha mucho Su Santidad, y si Dios fuese servido que el Señor D. Juan logre una gran victoria de la Armada del Turco, gobernará á su Beatitud según el amor que agora le muestra».

visitar a la Señoría, también en su nombre, darle ánimos y anunciarle que muy en breve estaría en Mesina para resolver lo que más conviniese a todos.

El recibimiento que hicieron a D. Juan de Austria en Génova dejóle confuso y perplejo después del golpe recibido en Barcelona, y puso por testigos al Comendador mayor y a Juan de Soto, de que ni él había procurado semejantes honores ni encontrado tampoco medio hábil de rechazarlos. Hizose en efecto para recibirle en Génova lo que jamás se había visto allí hasta entonces: el Dogo en persona y la Señoría le esperaban al pie del desembarcadero, y los Duques de Saboya, Parma, Florencia, Ferrara, Mantua y todas las ciudades de Lombardía enviaron allí sus representantes para recibirle y festejarle. Hospedóle Juan Andrea Doria en su palacio, y dió en honra suya un famoso baile de máscaras, en el cual encantó a todos el Generalísimo por su maestría incomparable en las difíciles danzas de aquella época.

Agregáronse en Génova los más grandes señores de Italia, que solicitaban servir a sus órdenes en la armada como aventureros, siendo los principales el Príncipe de Parma Alejandro Farnesio, y el Duque de Urbino Francisco de la Rovère, que contaba entonces veintidós años y acababa de desposarse con Lucrecia de Este, hija del Duque de Ferrara. Rodeado de este brillante estado mayor, que bien pudiera envidiarle el Rey más poderoso, desembarcó D. Juan de Austria en Nápoles el 10 de Agosto, donde era a la sazón Virrey interino, por muerte del Duque de Alcalá, el célebre Antonio de Perronet, Cardenal Granvela. Era éste harto político y sagaz para oponerse a las corrientes de simpatía que iba D. Juan despertando por toda la Italia, y dejó estallar libremente el entusiasmo de los napolitanos, limitándose por su parte, según las instrucciones

de Felipe II, a no darle, como hacían todos, tratamiento de *Alteza*.

Debía verificarse en Nápoles la entrega a D. Juan de Austria del estandarte de la Liga, y el bastón de Generalísimo bendito por San Pio V, que había enviado allí éste con el Conde Gentil de Saxatelo. Era el propio Cardenal Granvela el comisionado por el Santo Pontífice para hacer la entrega y dispuso la ceremonia con la mayor pompa y magnificencia, en la iglesia de Santa Clara del convento de Franciscanos. El día 14 verificóse el acto: llegó el primero a Santa Clara el Cardenal para recibir en el pórtico a D. Juan de Austria. Contaba ya aquel famoso hombre de Estado más de cincuenta años, y conservaba aún arrogante y erguida aquella su señorial y hermosa presencia, que a tantas hablillas, más o menos fundadas, se prestó en su época: su barba, blanca ya por completo, caíale sobre el pecho cuidadosamente peinada, y sus ricas vestiduras de escarlata eran tan elegantes en su corte eclesiástico, como pudieran serlo en el suyo seglar las de galán tan refinado como D. Juan de Austria.

No llegó éste con galas de cortesano, sino en traje de guerra, como parecía corresponder al caudillo que iba a recibir la insignia de la cristiandad en vísperas de la batalla. Traía un arnés ligero de Milán de acero blanco con riquísima labor de ataujía de oro; el collar del Toisón al cuello y en la celada vistoso penacho de los colores de la Liga: el caballo era negro con cubierta también de acero blanco recortado y aplicado sobre terciopelo carmesí, con armas, borlas, plumajes y figuras alegóricas en la grupera y tetera. Arreos semejantes traían la mayor parte de los señores de su inmensa comitiva, en que se contaba la flor de la caballería de Italia y de España.

Adelantóse D. Juan hasta las gradas del altar mayor con

los Príncipes de Parma y de Urbino y sentóse ante ellos en un alto sitio de brocado. Hallábanse de manifiesto al lado del Evangelio el estandarte y el bastón sobre un rico aparador con muchas luces y flores. Era el estandarte de gran tamaño, como para galera de tanto empuje, todo él de brocado azul con grandes borlas y cordones muy gruesos de seda: tenía bordado en medio un gran Crucifijo con muchos arabescos de seda y oro en torno, y a los pies las armas del Papa con las del Rey de España a la derecha, las de la Señoría de Venecia a la izquierda, y las de D. Juan de Austria debajo unidas todas con cadenas de oro bordadas, para significar la unión de la Liga entre las tres naciones. El bastón era también simbólico figurando tres bastones unidos con una cinta primorosamente tallada con puño y contera de oro guarnecidos de piedras y cincelados en aquél los tres escudos de armas enlazados con la cadena. Medía sesenta centímetros de largo por unos seis de diámetro.

Celebró el Cardenal Granvela la solemne misa de pontifical, y terminada ésta subió D. Juan de Austria al presbiterio, y puesto de rodillas ante el altar, recibió de manos de Granvela el bastón primero y el estandarte después, con estas palabras que pronunció por tres veces el Cardenal en latín, en español y en italiano: «Toma, dichoso Príncipe, la insignia del verdadero Verbo humanado: toma la viva señal de la Santa Fe de que en esta empresa eres defensor. Él te dé la victoria gloriosa del enemigo impío y por tu mano sea abatida su soberbia.» Estalló entonces en la iglesia un tremendo vocerío en que millares de voces gritaron como por una sola boca:—¡Amén! ¡Amén!

Organizóse entonces una lucidísima procesión militar para llevar el estandarte desde la iglesia al puerto: iba plegado sobre un caballo blanco con caparazón de terciopelo carmesí que arrastraba por los suelos, llevado del diestro

por dos capitanes que se remudaban. Venía detrás el señor D. Juan con el bastón de Generalísimo en la mano, y seguía su brillante comitiva, todos con las espadas desnudas, como prestos a defender la insignia de la Liga santa. Enarbolóse al fin éste en la suntuosa popa de la galera real, a la una de la tarde, mandando el mismo D. Juan de Austria la maniobra, y saludáronle la flota y la plaza con una formidable salva de artillería, mosquetes y arcabucería, que duró muy cerca de media hora.

Abrazó entonces el señor D. Juan al Conde Gentil de Saxatello, portador del bastón y el estandarte, y echóle al cuello una cadena de oro de cuatrocientos escudos (1).

(1) El 17 de Agosto escribió a Felipe II D. Juan de Austria: «A los XIII del presente allegó aquí un criado de Su Santidad el qual truxo el estandarte de la Liga que es como se verá en un rascuño que va con esta. A los 14 me le entregó el Cardenal Granvela en la Iglesia de Santa Clara, con mucha ceremonia haciendo oficio de Legado: pareció que era bien dar al que lo truxo una cadena de cuatrocientos escudos, como se le dió y respondí al Breve que me truxo de Su Santidad por lo que se verá del traslado de mi carta, que va con esta».





VII

ESPERABAN mientras tanto en el puerto de Mesina la llegada de D. Juan de Austria, Marco Antonio Colonna y Sebastián Veniero con las flotas pontificia y veneciana. Impacientaba esta tardanza a los dos Generales, y muy en especial a Veniero, viejo de setenta años, irascible, vehemente y fiero, que veía con zozobra adelantarse la estación y consumirse los víveres en aquella inútil holganza. Participaba Colonna de sus impaciencias y temores, y un golpe atroz vino a turbar más todavía su ánimo en aquellos momentos supremos. Murió repentinamente en Roma, su hija la angelical Giovanna Colonna, Duquesa de Mondragone, y esta desgracia inesperada sumió a Marco Antonio Colonna en dolor inmenso. Retiróse a su galera capitana sin querer ver a nadie, y mandó embadurnar de negro todas las de su flota, teñir del mismo color las cuerdas y velas y cubrir con crespones las farolas, escudos y enseñas. Aquella sombría y enlutada flota anclada en el puerto, tuvo en Mesina por fúnebre presagio, y los siniestros rumores que corrieron de nuevas depredaciones de los turcos en Corfú y formidables aprestos de su flota para cargar sobre Sicilia,

causaron tan inquieta alarma en aquel pueblo supersticioso y fantástico, que no bastaron para calmarle ni el anuncio de la salida de D. Juan de Nápoles ni los suntuosos preparativos que hacían para su recibimiento.

El 23 de Agosto a media mañana divisaron los vigías sicilianos una flota numerosa que navegaba a toda vela con rumbo hacia el faro. Renació en unos la esperanza, y creció en otros el espanto, porque mientras las gentes sensatas y juiciosas tenían por cierto que era aquella la esperada flota de D. Juan de Austria, empeñábase el vulgo ignorante y vocinglero en que era la temida del turco, y alborotaba la ciudad con sus gritos y carreras. Salieron al encuentro de la que llegaba las dos flotas, pontificia y veneciana, y al zarpar del puerto las enlutadas naves de Colonna, levantóse grande clamoreo entre el supersticioso populacho, pidiendo con luctuosos gritos que si salían no volvieran, porque aquella flota negra solo podía traer a Mesina la desolación y la muerte. Dos millas antes de la entrada del estrecho encontraron las dos flotas a la del Generalísimo D. Juan de Austria, siendo igual por ambas partes la alegría y el entusiasmo. Salió Marco Antonio por primera vez de su cámara de la Capitana, y subió a la galera Real para besar la mano a D. Juan de Austria: mas corrió éste al encuentro del afligido padre y recibióle en sus brazos, estrechándole largo tiempo contra su pecho. Era Marco Antonio Colonna el tipo del gran señor italiano de su tiempo: alto, esbelto, de porte distinguidísimo; el rostro ovalado, la espaciosa frente calva y los largos bigotes entrecanos, a pesar de no contar sino treinta y cinco años. Tenía corazón magnánimo, elevada inteligencia, valor extraordinario y alma de poeta.

El efecto producido en Mesina por la entrada en el puerto de las tres flotas ya reunidas fué de las cosas que no pueden describirse. Desde la santa esperanza cristiana hasta

el brutal instinto de conservación, todas las pasiones, todas las ideas y todos los sentimientos de que es susceptible la naturaleza humana, reunieron sus entusiasmos y juntaron sus alegrías para aclamar y bendecir el logro de esperanzas y el conjuro de temores que representaba en aquel momento el Generalísimo D. Juan de Austria. Entró éste en Mesina por la puerta Real, bajo un arco de triunfo que se internaba en el mar, de veinticinco canas de largo cada fachada, tres cuerpos, tres arcos por cada frente, y ciento veintiocho columnas que dividían los nichos, repisas y compartimientos de las innumerables estatuas, emblemas, inscripciones y dísticos que la adornaban por todas partes, rematando toda aquella estupenda fábrica en una estatua colosal del propio D. Juan de Austria teniendo postrados a sus pies los vencidos moriscos de Granada. Y era quizá lo más grande y lo más fuerte entre toda esta magnificencia, el ánimo reposado de aquel mancebo de veinticuatro años que lejos de envanecerse en aquellas alturas de la vanidad, decía humildemente al Comendador Mayor, su Lugarteniente:

—Danme esto por adelantado. Fío en Dios que pagarme ha la deuda.

Reunió D. Juan al punto a todos los Generales y Jefes, más para saludarles que para celebrar Consejo, pues sospechaba en algunos tímidas vacilaciones, y prefería esperar la llegada del nuevo Nuncio que enviaba el Papa, para fortalecer con su apoyo sus valerosos designios. Llegó, en efecto, el Nuncio, Mons. Odescalchi, Obispo de Penna, con grande acompañamiento de Capuchinos, Dominicos, Jesuitas y Franciscanos que enviaba el Papa para asistir en las galeras: traía también cartas de éste para D. Juan de Austria y Marco Antonio Colonna, exhortándoles a dar sin vacilaciones la batalla al turco, pues él les aseguraba, en nombre de Dios, la victoria. No necesitaba D. Juan de seme-

jantes exhortaciones, y había ido mientras tanto preparando con grande habilidad y prudencia el Consejo, según las siguientes indicaciones del Gran Duque de Alba, contenidas en esta carta: «Antes de proponer la materia en Consejo, escribía á D. Juan el Duque desde Bruselas, conviene mucho platicalla familiarmente con cada uno de los Consejeros encomendándoles el secreto y saber del tal su opinion, porque desto se sacan muchos provechos; que al que V. E. hablare en esta forma se tendrá por muy favorecido y agradecerá mucho á V. E. la confianza que del hace: el taldirá libremente á V. E. lo que entiende. Porque muchas veces acontece en el Consejo querer los soldados ganar honra los unos sobre los otros, y habiéndose prendado ya á decir á V. E. su opinión, no caerán en este inconveniente ni en contradecir al que no tuviere buena voluntad, no por otra cosa que por contradecirle, que es treta muy usada. Y habiéndolos oido V. E. á todos, habrá tenido tiempo para pensar sobre el pro y contra que cada uno le habrá discurrido; y cuando viniere al Consejo de V. E., vendrá ya resuelto. Pero en el preguntarles é oírles particularmente, V. E. no debe declarar con ninguno dellos su opinión, sino con aquel ó aquellos con quien S. M. hobiere ordenado á V. E. tome resolución, ó V. E. se servirá de tomarla. En Consejo no permita V. E. que haya porfias: debatir las materias, muy bien; pero porfias particulares en ninguna manera V. E. les debe consentir, que será en gran desautoridad de su persona. Y V. E. no podrá escusar, y será muy conveniente cosa, de llamar algunas veces á Consejo grande de Maestros de campo, algunos coroneles y capitanes para darles pasto de cosas públicas y tales que se puedan poner en semejantes Consejos, porque esto terná con mucho contentamiento a muchas personas un grado menos que los dichos».

De esta manera conocía ya D. Juan, sobre poco más o menos, las opiniones de todos los del Consejo cuando los convocó el 10 de Setiembre a las nueve de la mañana. Setenta personajes, entre los cuales había treinta oficiales, congregáronse aquel día a bordo de la galera Real, presididos, por el Nuncio Odescalchi, a quien por respeto al Pontífice cedió D. Juan de Austria la presidencia. Habló el primero el Nuncio, en nombre del Papa, y en un valiente razonamiento lleno de fe y de entusiasmo, exhortóles a salir sin pérdida de tiempo en busca del turco y darle sin vacilar la batalla: tal era el deseo del Papa, y en nombre de Dios les prometía la victoria. Levantóse entonces el anciano Conde de Priego, que acababa de apreciar por sí mismo en Roma la santidad de Pío V, y sin más razones ni discursos dijo que si el Papa deseaba la batalla y en nombre de Dios prometía la victoria, impiedad y locura era al mismo tiempo cerrar los oídos y malograr la empresa. Eran todos aquellos Capitanes católicos fervientes y amigos del Papa, mas no igualaban en su mayor parte la fe y el entusiasmo del viejo Mayordomo de D. Juan de Austria; y uno de ellos, hombre largo, estrecho, de cabeza puntiaguda, ojos hundidos y nariz chata, que más parecía corsario berberisco que Príncipe italiano, levantóse pausadamente, y con mucha pompa y autoridad dijo:—Que juzgaba temerario provocar al turco ya tan adelantada la estación en aquellos mares, y que era a su juicio más segura empresa dirigir contra Túnez todas las fuerzas de la Liga Santa, que exponerlas a una derrota combatiendo el formidable poder marítimo de Selim II, invencible hasta entonces.—Sedujo a muchos esta propuesta, por ponerla a salvo de toda sospecha de cobardía el nombre de quien la presentaba, que era nada menos que Juan Andrea Doria, uno de los marinos más experimentados y valientes capitanes de la época.

Contradíjole sin embargo abiertamente Marco Antonio Colonna, pronunciándose por la batalla decisiva y pronta, como era voluntad del Pontífice, y dirigiéndose a D. Juan de Austria, cuyos deseos de pelear le eran conocidos, repitióle en público lo que privadamente ya le había dicho. *Etiamsi oporteat me mori, non te negabo.*

Apoyaron a Colonna con gran vehemencia Sebastián Veniero y los dos proveedores venecianos Barbarigo y Quirini, y entonces respiró D. Juan libremente: porque una vez de acuerdo los otros dos Generales de la Liga, a él solo tocaba como Generalísimo, dirimir la contienda. Dejó, sin embargo, hablar todavía a todo el que quiso, ya en pro ya en contra, y concluído que hubieron, limitóse él a pronunciar estas palabras:

—Basta, señores... Solo queda ya aprestar la marcha y salir en busca de la victoria.

Palabras sencillas ciertamente, pero que fueron sin duda alguna el acto más heroico de la jornada de Lepanto; porque necesitábase verdaderamente heroísmo sobrehumano para echar sobre sí la responsabilidad de empresa tan arriesgada, que retrocedían ante ella hombres del temple de Juan Andrea Doria.

Comenzó D. Juan sus preparativos de marcha visitando todas las fuerzas y barcos surtos en el puerto, que subían a doscientas galeras, cincuenta y siete naos, seis formidables galeazas y más de ochenta mil soldados de desembarco entre mercenarios y aventureros. Encontró D. Juan toda la flota muy bien surtida y aprestada, menos las galeras venecianas que andaban muy escasas de hombres de guerra: a lo cual proveyó el Generalísimo repartiendo entre ellas cuatro tercios españoles, dos de soldados viejos y dos de bisoños: cosa esta que hirió el amor propio de los venecianos y fué causa de los trastornos y peligros que veremos

más adelante. En la galera Marquesa, de la flota pontificia, cruzóse D. Juan con un oscuro soldado en que no paró la atención y cuya gloria había de competir sin embargo con la suya en los siglos venideros: era Miguel de Cervantes Saavedra. Tal sucede a veces en la vida, que pasan rozándose sin conocerse dos genios diversos a que reserva la Providencia análogos destinos.

Distribuyó D. Juan los religiosos enviados por el Papa a bordo de todas las galeras, destinando los Capuchinos a las pontificias, los Franciscanos a las de Génova, Venecia y Saboya, y los Jesuítas a las españolas; iba a bordo de la Real el Franciscano Fr. Miguel Serviá, confesor de don Juan de Austria, y otros dos Jesuítas; el H. Briones y el P. Cristóbal Rodríguez, varón de gran saber y virtudes, que había sido cautivo del Turco. Estimaba mucho el Santo Pío V a este P. Cristóbal Rodríguez, y dióle para D. Juan de Austria el encargo de repetirle muy en privado y con la mayor insistencia lo que ya le había hecho saber por diversos conductos: Que no titubease en dar la batalla porque en nombre de Dios le aseguraba la victoria. Llevábale también de parte del Papa un *lignum crucis* de una pulgada de largo y media de ancho, en un relicario tosco de plata con dos ángeles a los lados: era deseo del Pontífice que lo llevase el Sr. D. Juan sobre el pecho en el momento de la batalla (1).

(1) Consérvase esta sagrada reliquia en la iglesia de Villagarcía de Campos: regalóla D. Juan de Austria después de la batalla a su muy amada D.^a Magdalena de Ulloa: colocóla ésta en un magnífico pie de plata cincelada y lególa al morir a los Jesuítas de Villagarcía, que la pusieron en el relicario de su iglesia de San Luis, donde al presente existe. El famoso P. Isla, que vivió muchos años en Villagarcía, dice en su traducción del *Año Cristiano*, de Croisset, día 3 de Mayo; fiesta de la Santa Cruz: «En el Colegio y Noviciado de Villagarcía de Campos se venera un *lignum crucis* como de una pulgada de largo y media de grueso, con que el Santo Pío V

Mientras tanto promulgaba Mons. Odescalchi un jubileo plenísimo que concedió el Santo Padre a todo el que fuese en la Armada confesado y comulgado y rogase a Dios por la victoria contra los turcos. Ayunó todo el ejército durante tres días para prepararse a ganar aquellas gracias espirituales, y no quedó soldado, marinero ni galeote que no confesase y comulgase y recibiese de manos del Nuncio un *Agnus Dei* de cera, bendito por el Papa, dando el primero y principal ejemplo el Generalísimo D. Juan de Austria con todos los jefes oficiales. Organizóse luego una solemne procesión de rogativa, y revestido el Nuncio de Pontifical, concedió desde el altar mayor a todos los que habían de combatir, las mismas gracias que concedía la Iglesia a los conquistadores del Santo Sepulcro.

El 16 de Setiembre salió al fin la flota de Mesina con rumbo a Corfú, y el Nuncio, colocado a la boca del puerto en un bergantín, iba bendiciendo una a una todas las galeras conforme pasaban.

regaló al Sr. D. Juan de Austria después de la famosa batalla de Lepanto; y su Alteza se lo presentó a la Excma. Sra. D.^a Magdalena de Ulloa, insigne fundadora de aquel Colegio, que había criado al Sr. D. Juan en aquella villa. Yerra sin embargo el P. Isla al decir que el relicario fué enviado a D. Juan después de la batalla. Enviólo D. Juan, en efecto, a D.^a Magdalena después de la batalla; pero envióselo a él San Pío V antes de ella para que lo llevase al cuello en aquellos supremos momentos.



VIII



AMINABA la flota con grandes precauciones para prevenir cualquiera sorpresa del turco, puesta en el orden y formación trazados por D. Juan y comunicado por escrito a todos los Maestres de Campo, Coroneles, Capitanes, Sargentos Mayores y demás oficiales. Iba a la vanguardia D. Juan de Cardona, con siete galeras, tres de Sicilia y cuatro venecianas. Seguía a veinte millas durante el día y ocho por la noche el ala o cuerno derecho, de cincuenta galeras, a las órdenes de Juan Andrea Doria. Venía detrás el cuerno izquierdo, de cincuenta y tres galeras, capitaneado por el Proveedor general Agostino Barbarigo. Navegaba después el centro o cuerpo de batalla, de sesenta y dos galeras, mandado por el Generalísimo D. Juan de Austria: a la derecha de la Real iba la Capitana de Marco Antonio Colonna, y a la izquierda la de Sebastián Veniero. A una milla de distancia venía la retaguardia, de treinta galeras, mandada por el Marqués de Santa Cruz. Ninguno de estos cuerpos hallábase formado por galeras de una sola nación, sino